

La educación rural: reforma inaplazable

Nuevamente la educación rural es tema de política educativa. Como en otras etapas de nuestra historia contemporánea, la instrucción de los niños y los jóvenes campesinos se propone dentro del plan general educativo. El problema no está en retomar un programa abandonado, sino en indicar las causas por las cuales no llegó a su término. Que las políticas varíen en México, que lo de hoy se vea como continuidad de lo de ayer, o lo de ahora como novedad, cuando es parte de una tentativa política, no obedece a ninguna peculiaridad mexicana: sucede que algunas medidas fundadas en los problemas nacionales son desechadas porque de realizarlas pondrían en grave riesgo los intereses creados por grupos o personas. En muchos aspectos podemos comprobar que una política anunciada con fervor, aplicada con entusiasmo y divulgada como necesidad inaplazable, se deja en unos cuantos meses, se olvida y aun omite en los discursos oficiales. El origen no es otro que el señalado: esa política ha tocado los sitios sensibles de la estructura social mexicana.

La educación rural ha sido un tema histórico. Sus antecedentes son valiosos. El primero de ellos, el de Hidalgo en el pueblo de Dolores. ¿Qué otra cosa es si no educación rural las artesanías, los cultivos, el aprendizaje de las primeras letras para los jóvenes campesinos? El programa de Hidalgo era de largo alcance: enseñar el cultivo de la seda significaba arrancar un privilegio a España: enseñar, sencillamente, apartar de la dominación por la ignorancia y el temor a los mexicanos; programa educativo, sí, y programa rural. Por ello Alfonso Reyes vio a Hidalgo como un héroe virgiliano: el hombre que partía de la tierra, de su cultivo, de la sabiduría natural para construir una patria. Hidalgo no es tan sólo el rector, el hombre ilustrado, sino el educador rural, el que traduce a Molière en San Felipe Torresmochas para representar *El tartufo*. Con la verdadera independencia adquirimos la noción de que sin educar a todos no habría país libre. La lección de Hidalgo sería, en las generaciones siguientes, un móvil de lucha constante: lo mismo en las lecciones del pensador, que en las deliberaciones de los constituyentes de 24, año en que las proposiciones lancasterianas se divulgan y forman parte del programa educativo. En los prolegómenos del liberalismo los diez meses de gobierno de Gómez Farías son, fundamentalmente, programa educativo: mediante leyes, decretos y acuerdos esenciales, se procura cambiar el orden colonial del país por un orden propiamente mexicano. Gómez Farías se rodea de un grupo de educadores en torno de los cuales José María Luis Mora contempla la reforma política como reforma educativa. La sociedad colonial, las instituciones heredadas de España, no podrían vencerse sin hombres nuevos. El liberalismo es, en su raíz misma, al menos en México, un programa de educación: en él termina y en él principiaría el país que se anhelaba organizar: libre y so-

berano. La democracia sería imposible sin el conocimiento de lo que significa el gobierno de todos y para todos. Los hombres de nuestro siglo XIX no hacían otra cosa que aplicar una labor similar a la seguida por España en el siglo XVI: saber para entender la realidad, conocerla para educar a las nuevas generaciones conforme las nuevas instituciones; abolir lo que se oponía radicalmente a lo español a través de conceptos, ideas y propósitos humanos distintos. La colonia fue, inicialmente, una obra educativa y, precisamente, rural. Los misioneros lo fueron del pueblo, de la gente común, de los hombres de las tareas más directas y apegadas a la tierra. Se trató, por sobre todo, de una educación para campesinos. Por ello, hacia los años veinte, las misiones laicas tenían como inspiración histórica las misiones del siglo XVI. Entre una y otra empresa podemos ver, ahora, dos tentativas diferentes sobre un mismo propósito: educar para construir un sistema social, educar para sostenerlo, formar un hombre para una sociedad y un destino colectivo.

El liberalismo no consumó su obra educativa. Logró, sí, en las clases medias y la burguesía, instruir, preparar, adiestrar, asimilar a una y otra generaciones. La solidez de su programa estaba en relación a la de la administración pública y precisamente la revolución, en su etapa ascendente, sería labor educativa. El que rompe con el porfiriato militarmente es Villa; el que apunta la raíz del problema nacional, la tierra, es Zapata; el que endereza a la nación frente a los Estados Unidos, es Carranza; pero el de la obra educativa es Vasconcelos. "El caballero del alfabeto", como diría de él Reyes, llevó al campo, a los campesinos, alfabeto, libros y maestros de lecciones varias. Nuestro país ha tenido dos misiones entre su gente más sencilla: la del evangelio y la del alfabeto; la pila bautismal y el libro. Entre las dos cruzadas se tramó el perfil del México real, el del país de los indios encomendados, de los indios de los repartimientos, el país, en fin, de los peones, que Considerant observara como restos de una esclavitud y Marx, en una breve nota, ejemplificara como la verdadera esclavitud; el país que descubre Turner, que calificó, con certeza, de *México bárbaro*; el país del sometimiento, que en dos cifras revela lo que era: más del 90 por ciento sin tierras y más del 90 por ciento de analfabetos; la tierra, al fin de nuestro siglo XIX, era la parte fundamental que completaba la otra, también esencial, la ignorancia; la esclavitud del peonaje era la falta de tierras, pero no sólo eso, sino la captura de los hombres para dos fines: trabajarlas sin esperanza y sin la esperanza de saber por qué eran esclavos; no saber que significaban los trazos mágicos sobre el papel para conocer el origen de su atadura al amo, al patrón, al señor de la tierra. Por todo ello, la educación rural propuesta en la etapa ascendente de la revolución educativa, la de Vasconcelos, contenía el principio de la revolución en sus fines esenciales: desatar la atadura de la conciencia, de la mente y hacer perdurable la conquista de las tierras; si ésta era consecuencia de la lucha armada, la otra debía ser su complemento; de nada valdría la derrota militar ni la nueva legislación para una nación diferente sin las conciencias despertadas al saber y la claridad frente al país. Para conocer la realidad que pretendió

cambiar la educación rural, nada más explícito y revelador que el siguiente párrafo autobiográfico de Luis Cabrera, en su discurso de 1912, sobre la reconstitución de los ejidos de los pueblos:

Decía Cabrera:

Cuando en 1895 era yo maestro de escuela en una Hacienda del estado de Tlaxcala, no se conocía allí la enseñanza de la lectura y escritura simultáneas, ni el método de palabras normales —esto lo pueden comprender los que son maestros de escuela y saben los adelantos que la pedagogía había ya hecho en aquella época. Encontré implantado en la escuela el silabario de San Miguel, que en la mayor parte de la república había sido ya sustituido tiempo antes por el silabario de San Vicente. Encontré gran resistencia de parte de los hacendados para la enseñanza de la aritmética, y vosotros comprenderéis por qué esa resistencia. Y si esto pasaba en el año de 1895, aquí a las puertas de la capital y a tres horas de ferrocarril, ya supondréis lo que sigue pasando en muchas partes del país. Pero en fin, la escuela es un pequeño aumento al salario del peón, que, por cierto, no siempre proporciona la hacienda.

¿Por qué razón decía Cabrera que la escuela era un pequeño aumento al salario del peón de fines del *xix*? Porque la escuela, con su silabario de San Miguel y la supresión de la aritmética, constituía, a pesar de los hacendados, un salto de siglos. Abrir el entendimiento de los peones era el principio para que dejaran de serlo. Es probable, y aquí es válida la conjetura ante la falta de investigaciones sociales, que esas escuelas pegadas al casco de la hacienda fueron un leve germen revolucionario y que San Miguel puesto en efígie para velar porque las primeras letras no fueran las letras del cambio social, fuera un hipotético precursor de los libros que los maestros rurales, desde los años veinte, llevaron a esas aulas solitarias.

Toda revolución, para serlo en verdad, es decir, para volverse una nueva etapa histórica, tiene que convertirse en programa educativo. Lo mismo hizo el feudalismo que la burguesía, lo mismo, ahora, los países socialistas: en la educación tienen su mayor empeño, y de toda esta labor surge la rural como la más urgente en pueblos en los que domina la producción agrícola; más aún, en pueblos que para industrializarse requieren de instruir a los campesinos y futuros obreros.

Estamos, ahora, en México, en una vuelta del tiempo: la educación rural se propone en una crisis económica, cuando la nación necesita, inaplazablemente, reponerse de desaciertos y omisiones, de promesas lanzadas y no cumplidas; etapa de déficit, de deudas y descrédito. Esa educación rural podría ser el medio de levantar a millones de mexicanos para comprender su presente y disponer su propio futuro. Si hemos de transformar —y la tarea es inaplazable— la agricultura tradicional, será necesario contar con una nueva generación instruida en prácticas distintas para todas las labores del campo;

si hemos de proseguir la industrialización, será menester obreros especializados; si hemos de tener escuelas mejores y no meros reductos de jóvenes desempleados, hemos de tener una población educada, formada en un programa que cubra todas las edades y todos los sitios del país. Sin educación no habrá revolución agrícola ni revolución industrial. Un país sin tierras para los pueblos y de tierras en pocas manos produjo el país de los peones; un país educado en unas cuantas clases o sectores, con una mayoría de analfabetos y monolingües ha construido una nación independiente, sí, pero cada vez más atada a las decisiones externas y a la fluctuación del precio de las materias primas. La educación no es panacea, pero sí el principio fundamental de la transformación de la vida.

Para nuestra generación, el gobierno de Cárdenas parece ya una utopía: la expropiación petrolera, las nacionalizaciones, el reparto agrario y, sobre todo, o con todo ello, la educación. Si algunos críticos ven en Cárdenas sólo al expropiador; otros, menos en número, contemplan al educador rural. Es significativo que Cárdenas, con la restitución de los ejidos de los pueblos y el reparto de tierras, construyera escuelas, y junto a ellas la parcela, fuente de educación de los futuros campesinos, caja de ahorro y escuela ligada a los problemas reales de cada pueblo. Con la escuela, el internado, y con el internado, la alfabetización. Después de la obra de Vasconcelos, la de Cárdenas es, sin duda, la mayor empresa nacional para mexicanizar al país, para devolverle confianza en sí mismo. La escuela rural, bajo Cárdenas, recibió el mayor impulso de nuestra historia: en 1935 había tres mil escuelas, fruto de la obra de Calles, principalmente; en 1940, al terminar su administración Cárdenas, más de siete mil.

El problema actual no está en restablecer la educación rural, sino en considerar la probabilidad de enderezarla, a pesar de su necesidad obvia. El México de los últimos años ha creado intereses tan contradictorios que parecería que la situación de nuestros campesinos es parte indivisible para que los intereses creados perduren. Es probable que una nueva casta de dueños de la tierra y el dinero, como los hacendados que vio Cabrera en Tlaxcala hacia 1895, se opongan a que los campesinos conozcan las letras, los números, la geografía y la historia de su patria; nuevos cultivos y otras formas de administración de sus ejidos. Unos campesinos instruidos habrían hecho imposible al atraco y el fraude cometido contra ellos en Bahía de Banderas; unos campesinos conocedores de la aritmética habrían salvado los bosques en la mejor forma de explotación: conservando una riqueza, que destruida no sirve a nadie. Ninguna defensa nacional más apta que la del conocimiento pleno y actual de los campesinos.

Más todavía: la educación rural hará posible, en sus términos verdaderos, la reforma política. Queremos democracia: instruyamos a los mexicanos; deseamos voluntad nacional expresada en las urnas, enseñemos a todos nuestra historia, nuestra legislación y la historia de otros pueblos. Sin educación será vana la reforma política: todo quedará en las clases urbanas, en el usufructo

del país por quienes han disfrutado de lo poco y lo mucho que el país prodiga; por ello, es necesario que la educación, y sólo la educación, abarque a todas las clases sociales, empezando por las mayoritarias: las populares, para cambiar, con rigor y sin disimulos, el perfil de México del presente.

Jueves 3 de noviembre, 1977

Martha Robles